

CASAS DE LA HABANA VIEJA

MURALLA Y SAN IGNACIO

oehiqxy
POR
UN FORASTERO CURIOSO

ALGUNA que otra vez se ha dicho que la Condesa Merlin nació en esta casa; pero esta afirmación es algo aventurada, porque a María de las Mercedes de Santa Cruz y Montalvo la bautizaron en la Catedral y no en el Espíritu Santo, parroquia de que eran feligreses los vecinos de la Plaza Vieja; además, el Jaruco casado con María Teresa Montalvo y O'Farrill fué sobrino del primer Conde, y existen noticias de que las relaciones entre su mujer y la Condesa fueron cumplidas en extremo para estimarlas animadas por afectos y consideraciones. Los lugares probables donde naciera la habanera de ingenio peregrino y singular belleza, son el viejo caserón que existía en San Ignacio esquina a Tejadillo con las armas de los Beltrán de Santa Cruz al frente, la casa O'Reilly, 257 morada del Conde Mopox antes de 1803, y la de Obispo, al costado del Palacio Municipal, mencionada en otra oportunidad.

Si en la historia de América los Santa Cruz se señalaron como colonizadores, en las mujeres de la familia aparecen inclinaciones manifiestas por las letras y las artes; sin que esto suponga que aquellos fueron ignorantes y rudos, pues cobraron fama de cultos, distinguidos y discretos.

La primera Condesa consorte de Jaruco, Doña Teresa de Santa Cruz y Calvo de la Puerta, protectora del Colegio de San Francisco de Sales y de la Casa de Beneficencia, alcanzó cierta notoriedad por sus composiciones poéticas; pero no debe de confundírsela con doña N. Cruz, autora de "La América Dolorosa", publicada en México en 1763, y de la "Dolorosa y Métrica Exposición del Sitio y Entrega de la Habana", manuscrito conservado en la Academia de la Historia de España, y reproducido en parte por Ferrer del Río en su libro sobre Carlos III, pues hasta ahora las mayores probabilidades inclinan a identificar a doña N. Cruz con la primera Marquesa de Jústiz de Santa Ana.

El hermano de esta Condesa de Jaruco, el doctor don Pedro Beltrán de Santa Cruz, era



Fachada de la casa Muralla 11 esquina a San Ignacio, donde se dice residiera con sus padres Doña Mercedes de Santa Cruz, Condesa de Merlin.

Alcalde de la Habana en 1762. Lord Albemarle le nombró Teniente de Gobernador político, cargo que Santa Cruz rehusó por no dejar la vara de la Habana y por la forma de prestar el juramento.

Era casada doña Teresa con su primo el doctor don Gabriel de Santa Cruz y Aranda, Fiscal de la Real Audiencia, Alcalde de la Habana en varias oportunidades, y en su época el más notable de los abogados de la isla; explicaba en la Universidad cátedras de Digesto y Prima de Leyes, figurando entre los redactores de "El Pensador" el primero de los periódicos cubanos. Con anterioridad a 1750 dió a la imprenta su protesta contra los agravios hechos a su persona y bienes. De este folleto sólo se conoce la ficha bibliográfica de José Toribio Medina, reproducida por Carlos M. Trelles; y de "El Pensador" no existen otros testimonios que el dicho de Pezuela.

Poseía don Gabriel el corral San Juan de Jaruco, y como las ocurrencias de la guerra con el inglés señalaron la necesidad de levantar poblaciones entre la Habana y Matanzas, ofreció al Rey establecerla si le agraciaban con título de Castilla. El soberano español, aceptó las proposiciones del Doctor Santa Cruz, y después de cumplidas la mayor parte de las bases, el 28 de junio de 1768, le hizo Conde de San Juan de Jaruco con jurisdicción civil y criminal en las tierras del vínculo, anexos al cargo de Justicia



Puerta principal de la casa Muralla 11 esquina a San Ignacio.

Mayor, hereditario en la familia. Este fué el tercero de los señoríos cubanos, precediéndoles en antigüedad el del Marqués de San Felipe y Santiago en el Bejucal, 1713, el del Conde de Casa Bayona en Santa María del Rosario, 1721; y posteriormente los de los Marqueses de Cárdenas de Monte - Hermoso en San Antonio, 1784, y el de los Guisa, sobre el pueblo de este nombre, en 1774.

A la muerte del Conde, doña Teresa heredó por disposición testamentaria título y vínculo, señalándose por sus obras de beneficencia, y por los miles de pesos que prestó al Rey de España cuando la guerra con Francia; fallecida en 1804, honores y señorío pasaron a su sobrino don Joaquín de Santa Cruz y Cárdenas, que continuó la tradición de sus mayores fomentando en las haciendas "Los Palos" y "Bagoes" la ciudad de Nueva Paz o Los Palos, trabajos que le valieron en 1795 el título de Conde de Santa Cruz de Mopox, nombre que recordaba las hazañas de su séptimo abuelo el Licenciado don Juan de Santa Cruz y Gómez, Regidor y Teniente General de la Isla de la Palma, Gobernador de la de Tenerife, que al pasar a Indias en compañía del Adelantado Pedro Fernández de Lugo obtuvo plaza de gobernador de Cartagena de Indias, época en que ganó a los indígenas la provincia de Melabüeyes, fundando en 1540 la ciudad de Santa Cruz de Mopox.

A este primer Conde de Santa Cruz de Mopox

y tercero de Jaruco se le ha juzgado siempre desde un ángulo equivocado, como si de propósito se buscara el secreto de sus éxitos, mas en las veleidades supuestas de su mujer que en los propios merecimientos; y esto no es cierto. Coincidieron en don Joaquín de Santa Cruz la inteligencia cultivada y el espíritu de organización; laborioso, e impulsado por justificadas ambiciones, le sorprendió la muerte antes de cumplir cuarenta años, entregado al cumplimiento de sus deberes como ciudadano, militar y padre de familia; si su encumbramiento hubiere tenido el origen, fácil y equívoco, que se le atribuye, pudo pasar la vida entre holganzas y placeres, porque su fortuna le permitía llevarla en la molicie; y, sin embargo, la mayor parte de su existencia, o casi toda, la consagró al engrandecimiento de la patria que le viera nacer, y a elevar el caudal heredado. Fundó poblaciones, sus trabajos fomentaron la riqueza y el comercio de otras. Su casa, abierta a los huéspedes ilustrados y distinguidos; mereciendo que el Barón de Humboldt le señalase como uno de los protectores de la geografía en América.

En esta frase de Humboldt no hay mero halago cortesano, porque la llamada "Comisión de Jaruco" representa el estudio más importante hasta entonces hecho para el desarrollo de las riquezas de la Isla. Los trabajos de esta empresa los guarda el "Depósito Hidrográfico de Madrid", reunidos en doce cuadernos de tafite encarnado y uno verde. Su muerte prematura privó a la patria de uno de sus hijos más ilustrados, y distinguidos; muy joven alcanzó el grado de Mariscal de Campo, la Orden de Calatrava y la llave de gentil hombre con entrada. Las Milicias Rurales utilizadas hábilmente por Someruelos, fueron ideadas por este tercer Conde de Jaruco, que previó el peligro de una esclavitud crecida en tierras habitadas por pocos blancos.

Teresa Montalvo, su mujer, más que una mujer hermosa—y lo fué en extremo—representa el encanto de la criolla, elegante, aseada y culta, en una corte poco refinada; desde la Reina abajo la envidiaban. Su ingenio y devoción por las gentes ilustradas, le crearon cientos de admiradores ilustres que buscaban el trato de la habanera bellísima, capaz de interpretar los frutos de sus ingenios, y agradecer sus galanteos vehementes. Femenina, hondamente mujer, cuidaba de su persona tanto como de su espíritu. El baño diario en tiempos que en Europa higiene de esta clase entraba en los campos de la terapéutica, su afición a los perfumes, a vestirse bien; y la curiosidad que sentía por las nuevas ideas que transformaban las viejas monarquías, le captaron cientos de amigos apasionados y leales; y movieron, también, las lenguas de muchas mujeres envenenadas por el triunfo fácil de la cubana gentil que no caminó otras sendas que las del triunfo; y como es más cómodo pensar mal que bien

en la Condesa de Jaruco no intentan ver ni sus propios méritos, ni a la sobrina del poderoso General O'Farril ni menos sus recursos económicos cuantiosos. Es más sencillo comprenderla como la amante del Príncipe de Asturias y de José Napoleón, olvidándose que los españoles son muy inclinados a la injuria de carácter sexual; tanto, que en tiempos muy cercanos aún, y después que nadie duda del genio de Napoleón se ha publicado un libro extraño, poco convincente, titulado "El Extravío Sexual de los Bonaparte". Si al morir su marido la agraciaron con la Grandeza de España personal, y a su hijo y descendientes con la honoraria de este jerarquía fué porque Teresa Montalvo reunía cualidades no comunes, y porque su tío el General O'Farril representaba mucho en España, y en la política de Godoy con el Emperador, para no tratarlo de halagar. Iguales razones inclinaron a José Napoleón para conceder la Grandeza efectiva al Conde de Jaruco, niño de pocos años cuando la recibió. Contra Teresa Montalvo no se conoce hasta ahora una sola prueba documental. Los millones facilitados por José Napoleón, como anticipo de las rentas de América, se explican si no se olvida quien era el Ministro de la Guerra. A nadie debe enjuiciarse por chismes y maledicciones de lenguas emponzoñadas, ni por episodios recogidos por cronistas enamorados de la emotividad y romanticismo de la anécdota relatada.

Hija de Teresa fué María de las Mercedes, casada con el General Conde Merlin, Jefe brillante de la caballería imperial. Lady Holland la llamaba "hija del Sol". Intereses de familia la obligaron a residir en la Habana durante unos meses del mil ochocientos cuarenta que aprovechó para documentarse sobre los problemas de la Isla. En contacto con Del Monte y otros partidarios de la abolición de la trata, a su regreso a Francia publicó dos trabajos sobre la esclavitud en las colonias españolas, haciendo propaganda intensa, sobre todo en Alemania, para traer a la isla colonos blancos; fué de las mujeres más notables de su época en Europa. Ella misma cuenta que en un concierto que se daba en Baden en el centro de la sala aparecía separado un gran sillón, "Monsieur Demidoff creyó que por derecho pertenecía a su esposa (la princesa Matilde) y fué a colocarla en él, cuando vio que tenía escrito mi nombre (es una galantería de los artistas). Mr. Demidoff, ofendido en su orgullo, dijo: "Mme. Merlin, ¿es pues, aquí, la Reina?" Para conocer el destacado papel que desempeñó en su tiempo, pueden consultarse las obras de la Duquesa de Abrantes, el libro de Dora Jiménez, hasta ahora la mejor biografía que de la Condesa se ha hecho, y los estudios del Marqués de Villa-Urrutia sobre el Rey José Napoleón y sobre la Condesa de Jaruco, este último en la Revista "Bimestre". En el volumen que le

dedicó Figarola Caneda está su correspondencia amorosa con Philarete Chassles; pocas veces se ha escrito con mayor pasión y vehemencia. Chantemesse, que investigó en el archivo amoroso del Marqués Mauricio de Ballincourt, hablando del estilo de la Condesa decía, "esta ardiente mujer se quemaba. El Sol de la Habana aun la mordía".

Si la Condesa Merlin pasó la mayor parte de su existencia entre los halagos de una sociedad refinadísima que reconocía sus méritos intelectuales y la admiraba como mujer, su hermano, don Francisco Javier de Satan Cruz, bautizado en el Palacio de Aranjuez el 6 de marzo de 1795, trabajó durante toda la vida logrando pagar hasta el último centavo de las deudas crecidas que quedaron a la muerte prematura de su padre. Residió muchos años en Matanzas, en cuya jurisdicción estaban sus ingenios. El cuarto Conde de Jaruco y segundo de Mopox fué el último de los Santa Cruz que empuñó la vara de Justicia Mayor de la ciudad de su título. El Conde de Casa-Barreto, su tío carnal, le acusó de afrancesado para despojarle, como lo logró, del título de Mopox y de los honores de la grandeza de España; acusación insignificante, en verdad, pues el peligroso afrancesado solo tenía 13 años cuando los acontecimientos de 1808. Costeó la Iglesia de Nueva Paz y era uno de los amigos y protectores de Plácido. Ya anciano, el viejo espíritu colonizador de sus mayores le llevó a fomentar las tierras que en la provincia de Oriente había denunciado al Estado. Su casa de Guanabacoa fué uno de los centros intelectuales de la Habana en la segunda mitad del siglo XIX; allí descollaba por su belleza y fino temperamento artístico su hija María del Carmen de Santa Cruz y Figueras, enamorada, como Milanés, de la campaña cubana cuyas tonalidades y encanto describió en estrofas sencillas y sentidas. Murió cuando los escritores cubanos preparaban una gran fiesta en su honor con motivo de celebrarse cierta exposición en el viejo convento de Santa Clara, escenario de la novela de la Merlin "Sor Inés".

Entre otros individuos de la familia, fundada en Cuba por el Licenciado don Pedro Beltrán de Santa Cruz y Beitia, nacido en Quito accidentalmente, y que llegó a la Habana para establecer el Real Tribunal de Cuentas en 1629, merecen recordarse al Coronel de Milicias Don Joaquín de Santa Cruz y Chacón que con el Marqués de San Felipe y Santiago representaron por primera vez a la Isla en Cortes Españolas, las de Cádiz. Santa Cruz y San Felipe y Santiago militaron en el Partido Americano que mantenía relaciones con Miranda; y a Don Agustín de Santa Cruz y Castilla Cabeza de Vaca que cedió al Gobierno los terrenos de la Península de la Majagua, para fundar Cienfuegos en el sitio llamado "Embarcadero de los Castilla" por donde sacaba los azúcares de su Ingenio Candelaria. Por esta cesión

prometieron a Santa Cruz el título de Conde de Santa Cruz de Cumanayagua; pero enemistado con el Brigadier De Clouet, ignoraron los méritos de Santa Cruz recibiendo De Clouet el condado de Fernandina de Jagua, olvidando que a la largueza y esfuerzos de Santa Cruz se debía el establecimiento de la nueva población.

II

¿Cuándo se levantó esta casa? Pérez Beato señala dos fechas, una 1670 en que Santa Cruz pidió solares, y otra 1733 cuando solicitó licencia para sacar portales. Es probable que el inmueble, bastante bien conservado hoy, se construyese en el Siglo XVII, pues las armas de la puerta con el escudete de Cervellón son las viejas de la familia, cambiadas al titular Conde de San Juan de Jaruco; y son varios los portales de la Plaza Vieja construídos con posterioridad al edificio principal.

¿Vivieron mucho tiempo los Santa Cruz en esta casa? Muy poco, el primer Conde la unió al vínculo y en las actas capitulares se la llama "la casa mortuoria del Conde de Jaruco contigua a la quedada entre los bienes de Doña Manuela de Oquendo"; pero su viuda, la segunda Condesa, instaló su morada en la Plaza de Armas. Quizás si el Cuarto Conde la habitase algunos años, pues su partida de bautismo, verificado en Aranjuez, se trasladó al Espíritu Santo.

Otro vecino principal de esta casa, desde mediados del siglo XIX, fué Don Antonio María de la Torriente y de la Gándara, cuyas hijas casaron, una con Don Celso Golmayo, ajedrecista notable, íntimo de Sagasta y Gobernador de las Villas; y la otra con el Doctor Don Francisco Díaz de la Torriente, alumno distinguido de la Facultad de Medicina de París; de este último matrimonio nacieron dos hijas que contrajeron nupcias, respectivamente, con Don Angel Carvajal, Intendente General de Hacienda y segundo de los Duques de Abrantes, Marqueses de Sardoal, y con Don Pascual de Goicoechea, Diputado a Cortes. Entre los hijos varones de Don Antonio María se contaba Celestino de la Torriente y Ceballos, casado con Doña Enriqueta Bellow-Hamel, hermana de Amelie, la primera cubana que ingresó en la familia de Borbón por su matrimonio con Don Luis de Borbón, primogénito del Conde de Aquila y de la Princesa Genara, hermana del Emperador del Brasil. Aquila comandó la flota de Nápoles contra Garibaldi abandonando el servicio después de la capitulación de Gaeta; y si como marino poco o nada logró, sus aciertos como pintor le granjearon algún nombre entre los artistas europeos.

Los incidentes y matrimonio de Amelie, nacida en la Habana el 19 de junio de 1847, pueden seguirse muy de cerca en la copiosa correspondencia que la Srta. Hamel mantuvo con don Al-

varo Reinoso, desde el inicio de las relaciones en 1868 hasta su regreso a París, ya casada, en 1870. El epistolario de Reinoso, conservado en la Sociedad Económica de Amigos del País, lo forman catorce tomos encuadrados en tafilete que contienen cartas de los hombres más distinguidos de su tiempo en las letras, artes, política y ciencias. El epistolario muestra un matiz desconocido del químico ilustre, al presentarlo como hombre muy galante, amigo y consejero de las mujeres más bellas de Madrid y de la colonia cubana de París. Entre los corresponsales constantes de Reinoso figuraba la famosa Duquesa Angela de Medinaceli que le consultaba trajes y perfumes, enterándole de las ocurrencias sociales de la Corte. La Duquesa conocía la amistad de Reinoso con Winterhalter, y quiso aprovechar uno de sus frecuentes viajes a Francia para que el gran pintor la retratase; pero el artista estaba ausente, y Reinoso la convenció de que se hiciera un busto en las manufacturas de Sévres de cuyo Director era amigo.

Numerosas son las cartas de la hermana de la Medinaceli, Marquesa de Villaseca, de la Condesa de Montijo, de la Generala Prendergarst y de otras señoras de la alta sociedad madrileña; fueron muchas las cubanas que le escribían, Mercedes Mantilla de Montalvo, las Condesas de Fernandina y Gibacoa, la Marquesa de Almandares y sus hijas, la Duquesa de la Torre, las Quesadas, las Aldamas, y alguna que otra vez Gertrudiz Gómez de Avellaneda, demandando influencias para impulsar la carrera del Coronel Verdugo. Es curioso observar que mientras las españolas escribían en papel corriente, casi siempre sin iniciales ni cifras, las cubanas usaban pliegos de alta calidad con monogramas de mucho lujo, sobresaliendo los tres de la Condesa de Fernandina. El estilo de estas cubanas era correcto; y muy ameno el de Mercedes Mantilla, el de la Condesa de Gibacoa y el de la Marquesa de Montelo. Las cartas de estas criollas prueban que no vivían de visita en el mundo, que las interesaba el curso de la política española, las novedades artísticas y literarias y el porvenir de la Isla. Difícilmente podrá encontrarse archivo más completo para conocer el aspecto íntimo de una época en que las colonias cubanas de Madrid y París alcanzaron su máximo esplendor.

En esta sociedad, distinguida realmente, triunfaba por lo delicado de su belleza y aptitudes notables para el canto, Amelia Hamel, llegada a Francia con el propósito de perfeccionar sus estudios musicales. A poco conoció al Príncipe Luis de Borbón, de la rama de Las Dos Sicilias y primo del destronado Rey de Nápoles, Don Francisco II. Iniciado el noviazgo y conocida la oposición del Conde de Aquila al matrimonio, apoyado en su negativa por el clero y tribunales franceses, comenzó Reinoso a tallar creyendo que podrían casarse en Glasgow en cuyos alrededores vivía

expatriado el General Prendergarst en una posesión de la familia, llamada Warehouse en Aberdeenshire. Escribió Reinoso, con las reservas del caso, a la Sra. de Prendergarst, enterándola de su proyecto; y consultado el Obispo de Glasgow, huésped del Castillo de los Prendergarst, el prelado contestó que para celebrar el matrimonio necesitaban residir seis semanas en el país. Y a Escocia partieron los enamorados; pero estacionados en Londres para suplicar, otra vez, autorización al Conde de Aquila, que la madre de Amelie encontró, "orgullosa, falso y altanero", dieron un paso que les perdió pues el Conde demandó la intervención de la Embajada del Brasil, cuyo Emperador protegía al clero católico de Escocia. La cautela y discreción de Reinoso, que ni a los Prendergarst dijo el nombre de los novios, de nada valieron pues se prohibió a los párracos escoceces efectuar el matrimonio.

Cerradas todas las naciones de Europa a las esperanzas de los novios por el parentesco del Príncipe con las familias reinantes, y expulsado de Italia por el triunfo de Garibaldi, tendieron la vista hacia la América a donde llegaron en marzo de 1869. De Boston pasaron a New York y contrajeron matrimonio civil el 19 de marzo, iniciando en seguida gestiones cerca del Arzobispo para celebrar el religioso.

Reinoso en tanto maduraba su plan. Entre los amigos que podrían ayudarlo contaba a la ex Reina Daría Cristina, a Pepe Güell y Renté casado con una Infanta Española, y a las Montalvo, Rosa, Serafina y María Antonia, muy amigas del Conde Nigra, Ministro de Italia cerca de Napoleón III. María Cristina y Pepe Güell, hablarían a Isabel II, para que aplacase las iras del ex Rey de Nápoles, y Nigra diría a su soberano que el Príncipe de Borbón estaba dispuesto a reconocer la unidad italiana y la soberanía de los Saboya con lo que le devolverían sus propiedades. A la Condesa de Gibacoa le encantó el plan e hizo que su hermana la de Fernandina, diera una gran comida al Ministro del Rey de Italia; pero el madurado plan tuvo éxito muy relativo, Isabel II prometió hablar a Francisco II, siempre y cuando Amelie renunciase a los títulos de Princesa y Alteza, que Reinoso le prodigaba ampliamente, y ya el Conde de Aquila, a espaldas de su sobrino el de Nápoles, estaba en negociaciones para reconocer a Víctor Manuel II si le reintegraban sus tierras y palacios.

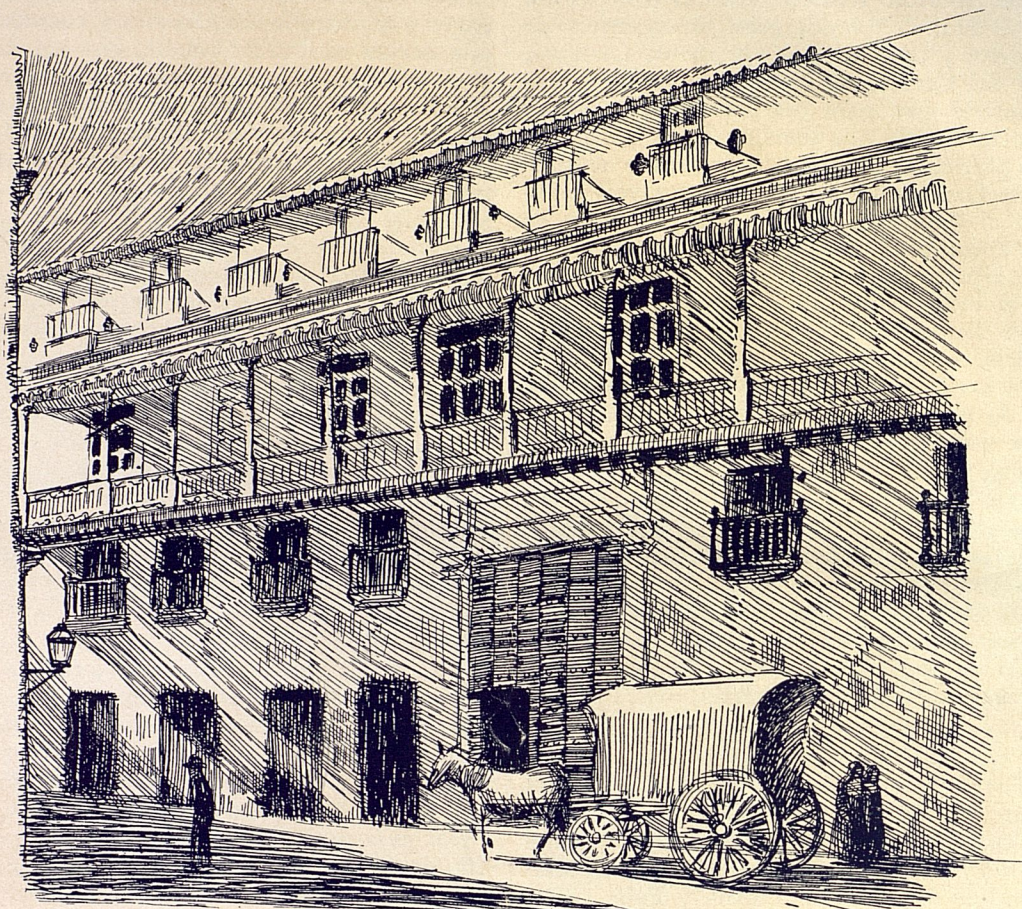
Los recién casados pasaban días apurados en Nueva York. A las dificultades económicas remediadas frecuentemente por Reinoso, todavía rico, vinieron los ataques de la prensa pagados por la Legación del Brasil y el anuncio formal de que trataban con el Papa la anulación del matrimonio religioso, celebrado el 28 de mayo de 1869. Amelie comenzaba a creerse vencida y no buscaba otra sociedad que la de sus compatriotas, todos separatistas decididos. Los "muchachos"

del Louvre Manuel Suárez, Miguel de Embil y José María Mora eran sus contertulios habituales. Reinoso no veía claro, limitándose a recoger y a contarle los chismes y cuentos que de ella decían en París. Amelie, que era luchadora y no gustaba de permanecer con los brazos cruzados, aconsejó al marido que aspirase al trono de España. La noticia indignó a Reinoso no sólo por su lealtad a Isabel II, sino porque esta Reina representaba el gran aliado para vencer las resistencias del ex soberano de Nápoles y del Emperador del Brasil. Amelie pedía perdón a Reinoso, y le rogaba que buscara al Conde de Aquila para que le entregara las pertenencias de Don Luis, unas pocas armas, algunos cuadros y una colección de sellos. En el curso de la audiencia el Conde de Aquila expresó al mediador que faltaban a los más elementales principios de moral quienes aprobaban la conducta de los hijos frente a los padres. Reinoso abandonó en seguida el Palacio escribiendo al Conde una carta que si suave en la forma, mantenía enérgicamente sus puntos de vista. La carta llenó su propósito, pues el Conde le contestó invitándole a volver y asegurándole su amistad por estimarlo un verdadero gentil hombre.

Sus tratos con Aquila le trajeron la amistad del Conde de Trápani, convertido en defensor apasionado del reconocimiento del matrimonio. Las negociaciones marchaban bien pero no con la rapidez que quería la pareja de Nueva York. Y tuvo Amelie, entonces, una gran idea, pidió al Príncipe que dijera al padre sus propósitos de adquirir la ciudadanía norteamericana y que emarcaban rumbo a Cuba para que su mujer diera a la luz en la Habana. Aquí se instalaron en el viejo palacio de Jaruco, morada de su hermano político Don Celestino de la Torriente, y donde Amelie tuvo una niña nacida el 10 de enero de 1870, que no bautizaron en Cuba porque era el último cartucho que quedaba a Amelie para vencer la hostilidad del suegro. Esta fué la primera Borbón nacida en Cuba, pues los Castellví, descendientes en línea de varón del infante Don Enrique, vinieron después.

La idea de cambiar de ciudadanía fué feliz. Aquila capitulaba ante el proyecto de su hijo, y Amelie comenzó a poner condiciones. Para el Príncipe la Embajada del Brasil en París o en San Petersburgo, y ella sería Princesa y Alteza. Las bases continuaban siendo fuertes, sobre todo en lo que al tratamiento concierne; las conversaciones sufrieron nuevo colapso; pero Amelie, mujer de muchas energías, encontró otro recurso, y en marzo de 1870 embarcaron para Europa. En la niña, primera nieta de los Aquila, estaba la solución del largo pleito. Al regresar a París los condes de Fernandina la obsequiaron con un gran banquete, y más tarde bautizó a la hija, llamada María Genara Amelie. La abuela

(Continúa en la pág. 387)



*L'Habana
enero 27.*

*Casona Colonial que fué la antigua residencia de los
Pedroso. Cuba veinticuatro antiguo. Dibujo a la pluma
de Marcelo Pogolotti.*